

Una propuesta de Arthur Schopenhauer para la comprensión del consumismo de Zygmunt Bauman

A proposal of Arthur Schopenhauer for understanding consumerism by Zygmunt Bauman

Fecha de recepción: 5 de septiembre de 2025 - Fecha de aprobación: 12 de diciembre de 2025

Dr. Benjamín Jiménez Villarreal¹
Benemérita Universidad Autónoma de Chiapas, México

Resumen

El objetivo de este ensayo es brindar al lector la posibilidad de conocer una posible alternativa al individuo convertido en consumidor para no perseguir una felicidad imposible de alcanzar según los términos de la sociedad del consumo. Para ello explicamos el tránsito dado desde una sociedad sólida a una líquida, con el fin de explicar en qué consiste el consumismo como manifestación de la actual sociedad líquida, según la explicación dada por Zygmunt Bauman, que busca incrementar el deseo en el sujeto. La alternativa que se propone es la del *carácter adquirido*, dada por Arthur Schopenhauer, y que consiste en que el ser humano sepa lo que quiere y que esté en posibilidad de alcanzar, lo cual posibilita al sujeto comprender sus capacidades de realización y evitar aquellas situaciones para las cuales no está preparado, soslayando con ello una serie de frustraciones evitables. El enfoque utilizado para la realización de este trabajo es exclusivamente cualitativo.

Palabras claves

Sociedad sólida; sociedad líquida; sociedad del consumo; carácter adquirido.

¹ Benemérita Universidad Autónoma de Chiapas.
ORCID: <https://orcid.org/0009-0001-9758-0034>
Correo electrónico: jimenezvillarrealbenjamin@gmail.com

Abstract

The objective of this essay is to offer the reader the possibility of knowing a possible alternative to the individual who has become a consumer, so as not to pursue an unattainable happiness according to the terms of the consumer society. To this end, we explain the transition from a solid society to a liquid one, in order to explain what consumerism consists of as a manifestation of the current liquid society according to the explanation given by Zygmunt Bauman and which seeks to increase desire in the subject. The alternative proposed is that of acquired character given by Arthur Schopenhauer, which consists of the human being knowing what he wants and being able to achieve it, which enables the subject to understand his capacities for realization and avoid those situations for which he is not prepared, thereby avoiding a series of avoidable frustrations. The approach used for the realization of this work is exclusively qualitative.

Keywords

Solid society; liquid society; consumer society; acquired character.

Introducción

La modernidad se ha caracterizado por su maleabilidad, que deja atrás los modelos rígidos de las formas y las costumbres. Esto ha traído consigo un cambio en la forma de entender, por parte de las sociedades, las diferentes realidades que se presentan en la actualidad.

El consumismo es un atributo de las sociedades actuales. Este toma los anhelos del ser humano para producir una serie de mercancías que no buscan satisfacer necesidades básicas del ser humano, ni siquiera son producidas en un afán de permanencia, sino que, más bien, son producidas dentro de los procesos económicos para alcanzar lo más pronto posible su desechamiento, para luego ser sustituidas por nuevos bienes, muchas veces sin saber de su utilidad.

El incremento del deseo se constituye así en un presupuesto básico del consumismo, que no encuentra satisfacción de ningún modo. Lo paradójico de esto es que la sociedad de consumo, precisamente, le asegura al ser humano la consecución de la felicidad a través del consumismo, a la vez que le demuestra que, una vez alcanzado el objeto de su deseo, pronto este será desechado y sustituido por la búsqueda de un nuevo bien de consumo. Esto provoca el vacío del sujeto y el hartazgo característico de las sociedades actuales, conceptualizando todo —bienes e incluso personas— como productos moldeables y desechables.

La imposibilidad de alcanzar la felicidad a través del consumismo nos hace recordar lo que Arthur Schopenhauer mencionaba en su filosofía alemana del siglo XIX. Schopenhauer señalaba que encontrar la felicidad es imposible, pues la voluntad del sujeto es insaciable. En cambio, el dolor y la insatisfacción en el ser humano es algo tan natural, que la búsqueda de la felicidad y la consecución de su objeto de deseo solo lo satisface momentáneamente, para luego, de forma inmediata, dar paso a la reflexión de su fugacidad.

Arthur Schopenhauer en su obra *El mundo como voluntad y representación* propone en cambio, entre otros temas, el *carácter adquirido*, que le permite al ser humano sobrellevar su insatisfacción a través de un autoconocimiento de sus límites, enfocándose en lo que quiere y puede, de tal forma que este conocimiento le muestra con evidencia aquello que no es capaz de alcanzar, evitando la frustración de aquello que no puede conseguir.

Sin embargo, para llegar a este tema, en este ensayo hemos creído necesario explicar brevemente en un primer apartado las características de la sociedad sólida para luego; en un segundo apartado, explicar en qué consiste la actual sociedad líquida. En un tercer apartado explicamos cómo el consumismo caracteriza desde una perspectiva particular, a la sociedad del consumo. Una vez se hayan revisado las características de la sociedad sólida y líquida, así como las características del consumismo, podremos introducir en un cuarto apartado la noción de *carácter adquirido*, propuesta por Arthur Schopenhauer, cuya propuesta bien puede servir de alternativa para sobrevivir y mejorar la vida sin rumbo del consumidor, para luego concluir en un quinto apartado redactando las conclusiones propias de este trabajo.

La sociedad sólida

Hay que distinguir dentro de la modernidad, la modernidad sólida y la modernidad líquida. Ambas tienen características similares, pero a la vez, poseen rasgos que los distancian notablemente. En este apartado quiero hacer algunas puntualizaciones respecto de la llamada modernidad sólida, pesada o condensada.

La modernidad sólida se caracteriza por una tendencia a lo rígido, una aversión a lo contingente, basada en la costumbre y en la sistematicidad. Lo rutinario es protección para el ser humano. En lo jurídico y en lo moral, la existencia de la norma es fundamental. “La ausencia de normas o su mera oscuridad —anomia— es lo peor que le puede ocurrir a la gente en su lucha por llevar adelante sus vidas. Las normas posibilitan al imposibilitar” (Bauman, 2003, p, 26).

Esto me hace pensar en lo conveniente que resultó la promulgación de los primeros códigos a inicios del siglo XIX. La función del código napoleónico de 1804 fue recopilar las leyes dispersas, así como acabar con los privilegios para unos, y la inseguridad para otros.

Este código, significó un avance de la ciencia jurídica, ya que por fin se dotaba de certeza jurídica a los ciudadanos, al acabar con la anarquía de multiplicidad de normas muchas de ellas contradictorias y con la inequidad de los fueros. (Hallivis, 2012, p. 108)

La escuela de la exégesis consideraba a las leyes como completas y perfectas, por lo que el juez no podía crear el derecho bajo ninguna circunstancia.

En lo económico, podemos advertir las características del llamado mercantilismo y la economía clásica. En el caso del mercantilismo que se desarrolla entre los siglos XVI a XVIII en Europa, cobraba suma importancia la posesión de los metales preciosos y la adquisición de tierras. Entre otras cosas, una de las preocupaciones principales era aumentar el poder de una nación mediante la adquisición de nuevas tierras (Kurz, 2022, p. 36). La acumulación de dinero, la necesidad de colonias como fuente de materias primas para las grandes ciudades y el mercado, así como la dirección de la economía por parte del Estado, fueron características del mercantilismo, que era esencialmente un capitalismo comercial de la época (Méndez, 2009, p. 71).

La economía clásica, por su parte, a partir del siglo XVIII, va a sostener que la economía está sujeta a leyes que pueden ser objeto de estudio, para mejoramiento de las condiciones, reafirma la estratificación de la sociedad mediante la necesidad de la existencia de las clases sociales, la propiedad privada tanto de recursos naturales como de los medios de producción, los cuales eran te-

mas imprescindibles. No se olvide aquí que uno de los derechos naturales consagrados en la declaración francesa de los derechos del hombre y del ciudadano de 1789 fue la propiedad, a la par que la seguridad y las libertades. Para este nuevo momento, la fuente principal de la riqueza ya no se debe a la colonización ni a la explotación de sus recursos, sino que la riqueza se debe a la industria y a la productividad laboral (Kurz, 2022, p. 48).

No sorprende que, el primer capítulo del libro primero del libro *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, de Adam Smith, sea el *de la división del trabajo*. En este, Smith (2022) sostiene tajantemente: "El progreso más importante en las facultades productivas del trabajo, y gran parte de la aptitud, destreza y sensatez con que este se aplica o dirige, por doquier, parecen ser consecuencia de la división del trabajo" (p. 7). El principio de división del trabajo será retomado como una premisa fundamental en el fordismo, del cual nos ocuparemos más adelante.

La idea del panóptico fue otra de las características de la modernidad sólida. Hablar del panóptico es referirnos forzosamente a Michel Foucault. La idea del panóptico tiene que ver con los métodos de disciplina utilizados por el poder para individualizar al sujeto y aislarlo de su grupo. En el caso de los obreros, los cuales, durante el siglo XIX, se organizaron en grupos en defensa de sus derechos, la vigilancia ejercida por el panóptico ejerció una barrera a los grupos sindicales, provocando, en cambio, un aislamiento. "La multitud, masa compacta, lugar de intercambios múltiples, individualidades que se funden, efecto colectivo, se anula en beneficio de una colección de individualidades separadas" (Foucault, 2009, p. 233).

El panóptico, aparte de dividir, separar y excluir unos de otros, provoca en el individuo que este sea consciente de estar continuamente vigilado, en virtud de su visibilidad no disimulada, lo que garantiza el funcionamiento del poder (Foucault, 2009, p. 233).

El fordismo, como sistema de producción también será característico de esta modernidad sólida. Es un sistema de producción inflexible, por lo que no es capaz de atender las demandas que se le hacen. Es un sistema rígido. Uno

de sus principios básicos es el de la especialización, que es retomado de la teoría de Adam Smith, al cual aludimos líneas arriba, por lo que “combina una serie de tareas simples hecha por un grupo de empleados, en vez de que un solo empleado hiciera todo el producto” (Bellon, 2006, p. 47). De hecho, esta rigidez e inflexibilidad fue lo que llevó al fordismo a su fracaso, pues no podía atender las necesidades de un mercado cada vez más cambiante. Los principios bajo los cuales el fordismo se desarrolló fueron: “una rigurosa estandarización de prácticas operativas y una estricta separación entre la organización y los métodos, entre la concepción, por un lado, y la fabricación manual por el otro” (Bellon, 2006, p. 48). De ahí la afirmación de Henry Ford de poder producir un Ford T del color que el cliente deseara, siempre y cuando fuera de color negro, lo que demuestra bien el nivel de rigidez y estandarización de sus procesos, difíciles de variar.

Con lo dicho hasta aquí, podemos advertir una sociedad en donde las costumbres imperan conformando así una rigidez e inflexibilidad propiciada por la certeza permitida y promovida por la norma. No solo la ley busca dotar de seguridad cuando existe una contienda litigiosa; las normas en general buscan reglamentar los procedimientos que nos lleven a advertir respuestas seguras desde un comienzo. La acumulación de riqueza dotaba de seguridad a su poseedor, fueran piedras o metales preciosos, o bien, grandes extensiones de tierra. La disciplina encontró en este contexto un espacio suficiente para transformar y modular la conducta del ser humano, no solo en las prisiones, sino en otros ámbitos como en el obrero, diluyendo la colectividad por un individualismo aislante del resto de la sociedad, socavando con ello la fuerza de los anteriores sindicatos.

La fase sólida de la modernidad, dirá Bauman (2007), se caracterizó porque

un enorme volumen de posesiones sólidas, grandes, pesadas e inamovibles aseguraban un futuro promisorio y una inagotable fuente de confort, poder y estimas personales. Las grandes posesiones eran una señal o un indicio de una existencia protegida, bien consolidada, inmune a los futuros caprichos del destino. (p. 48)

¿De qué manera comienza a darse el tránsito de la llamada modernidad sólida a la llamada modernidad líquida? El tránsito se va dar a partir de la idea de libertad humana, y junto con esta, la idea de la responsabilidad del sujeto.

Ya en el siglo XVIII, Kant (2014) relacionará la idea de libertad con la de autonomía, a partir de los imperativos categóricos. La autonomía de la voluntad implica que esta es impuesta por sí misma. Sin embargo, la autonomía de la voluntad requiere de la razón. Kant une estos conceptos al dar una definición de autonomía en los siguientes términos: “no elegir sino de tal modo que las máximas de su elección estén simultáneamente comprendidas en el mismo querer como ley universal” (p. 58). Así, la autonomía de la razón práctica es la libertad del ser humano. Pero si nos percatamos, la libertad es una condición del imperativo categórico (Colomer, 2016, p. 224). Existe, pues, una libertad ejercida por el sujeto racional, pero que no se desentiende de la obligación moral. Existen normas a las que queda sujeta, normas autoimpuestas, en virtud de su autonomía. Volvemos, pues, a advertir la fuerte presencia de la norma, incluso en la libertad del ser humano, propia y característica de la modernidad sólida.

Pero la libertad trajo a su vez la responsabilidad del sujeto. Y fue a partir de esta que el sujeto empezó a emanciparse poco a poco. Mientras se contaba con un líder en las sociedades sólidas, el ser humano podía no ser responsable de sus actos, pues, quedaban sus acciones limitadas y condicionadas por las órdenes del líder, y en última instancia la responsabilidad era de él (Bauman, 2003, p. 70). Los regímenes totalitarios bien podrían ser considerados un buen ejemplo de este fenómeno, a la vez que se relaciona con la conversión del ciudadano en individuo. En el siglo XVIII y XIX, la tendencia fue hacia el fortalecimiento del naciente Estado liberal. Esto requería del desarrollo de una ciudadanía que se sintiera parte de la conformación de la democracia formal que se había instituido como medio para la elección de quien ejercería el poder.

Sin embargo, los gobiernos totalitarios enaltecen la figura del líder, y transforman al ciudadano en un individuo, extinguiendo su personalidad. El totalitarismo “crea un poder total en el que el Estado, el sistema político y los actores sociales se fusionan y pierden su identidad y su especificidad para no ser más que instrumentos de la dominación absoluta ejercida por un aparato de poder, casi siempre concentrado en torno a un jefe supremo y cuya potencia

arbitraria se ejerce sobre el conjunto de la vida social" (Touraine, 2022, p. 145). Los regímenes totalitaristas van a caracterizarse por la existencia de un líder, por una ideología que los caracteriza, el uso de la violencia, el acaparamiento de los medios de comunicación y por un partido de masa. Estas características van a dotar a estas sociedades de parámetros previamente dados bajo los cuales el individuo vivirá.

Al término de los regímenes totalitarios, el ser humano continuó en una fase de individualización que ya había comenzado desde siglos atrás. Este individualismo fue consecuencia de la emancipación del ser humano. Las naciones dejaron de ser colonias, las mujeres entraron en el mundo laboral y comenzaron a ejercer su voto en los procesos electorales. Pero esta emancipación trajo a la par la responsabilidad para el sujeto. Se da paso, de esta forma, a la llegada de una sociedad que se desarrolla en un modernismo líquido.

La sociedad líquida

Bauman analiza cinco temas alrededor de los cuales da cuenta del tránsito realizado de una sociedad sólida hacia una sociedad líquida, los cuales son: emancipación, individualidad, tiempo/espacio, trabajo y comunidad. De los primeros dos temas hemos dicho algo, pero también pasaré a explicar los otros tres conceptos y la forma en que estos dan cuenta de la sociedad líquida.

El espacio ha sido largamente objeto de estudio desde diversas disciplinas científicas. Y ha sido necesario su estudio, porque desde el punto de vista sociológico, el espacio permite el desarrollo de la vida urbana, la cual requiere de una habilidad conocida como civilidad. Esta consiste en proteger a los demás de una carga innecesaria, con el fin de no tener que interferir en sus asuntos, misma protección y no interferencia que se espera de manera recíproca (Bauman, 2003, p. 103).

La civilidad se da en espacios que permiten al ser humano conducirse como persona pública. De estos espacios públicos es posible advertirlos de dos categorías. Un primer espacio público se caracteriza por ser únicamente un sitio de paso, en el que es imposible permanecer por mucho tiempo, para luego dar

cabida a nuevos visitantes, que únicamente estarán en ese espacio público de manera momentánea.

Pero hay una segunda categoría de espacio público que está diseñado para prestar servicios a los consumidores. Bauman dice que estos espacios tienden a "convertir al residente de la ciudad en consumidor" (Bauman, 2003, p. 105). Son espacios en los que los consumidores pueden realizar diferentes tipos de actividades culturales: deportivas, compras o de cafeterías, pero que no buscan generar interacciones, sino buscan motivar a la acción del individuo. El objetivo de estos espacios es lograr que, valga la redundancia, el consumidor consuma. Bauman introduce un concepto interesante al llamar a estos espacios como *templos de consumo*. En estos templos, los consumidores constituyen amontonamientos, grupos o aglomeraciones, pero no hay un sentido de pertenencia ni de colectividad, solo son masas de personas reunidas con la intencionalidad de consumir. El consumo es lo único que los caracteriza. No hay un sentido de identidad. Entrar en estos *templos de consumo* produce en el sujeto la sensación de haber entrado en otro mundo, aunque el templo esté dentro de la ciudad. Pero la sensación lo traslada a otro espacio. Las interacciones que pudieran llegar a darse entre los sujetos son meramente superficiales, y parte del encanto de estos espacios, se debe en primer lugar, al hecho de que producen un sentimiento de igualdad, sin importar el origen de los consumidores. En el *templo del consumo*, todos los consumidores son iguales entre sí. En segundo lugar, producen un sentimiento de seguridad, pues "las diferencias de adentro —y esto las opone a las que existen afuera— están tamizadas, sanitizadas, con la garantía de no poseer ingredientes peligrosos... y, por lo tanto, no resultan amenazantes" (Bauman, 2003, p.107).

La sociedad líquida se caracteriza, además, por la falta de arraigo de los sujetos. Los espacios que promueven este tipo de sentimiento son llamados *no-lugares*. Se caracterizan por estar ocupados por personas extrañas, en donde se deja sentir su presencia física, pero nunca la ideología de los sujetos. Ejemplo de estos no-lugares son los aeropuertos, los hoteles y los transportes públicos, en estos espacios, los sujetos ocupan su lugar físico, pero uno y otro son sujetos extraños entre sí. No hay manera de adquirir un arraigo en estos espacios propiciados por la sociedad líquida.

Sin duda, la reconfiguración de los espacios en la sociedad líquida, en los que no se promueve la interacción entre los seres humanos, y tampoco el arraigo, han repercutido en la vida democrática de las sociedades. Si bien se ha trabajado en la construcción de democracias constitucionales, los populismos han aprovechado los desatinos de estas democracias para ocupar los espacios de poder. Sin embargo, los populismos no poseen valores comunes que los caractericen, sino que bien pueden ser desarrollado por partidos de izquierda o de derecha, pueden ser usados a modo para alcanzar el poder. No poseen referentes socioeconómicos, y cualquiera con cualquier visión puede modificarlo según sus intereses (Urbinati, 2020, p. 56).

La sociedad líquida ha promovido una fluidez de los vínculos sociales, reflejo de una incertidumbre constante en el ser humano. Uno de los efectos de la fragilidad y fluidez de los vínculos sociales es el alejamiento del otro, es decir, aquel que es diferente, extraño y extranjero. No hay para con estos comunicación y apoyo. Que sea extraño es sinónimo de peligro (Bauman, 2003, p. 117).

Pero no solo el espacio, sino también el tiempo ha variado en la sociedad líquida. La modernidad es la historia del tiempo (Bauman, 2003, p. 119). La modernidad separó el tiempo del espacio. La invención del vehículo automotor, y de la máquina de vapor rompieron la igualdad entre las personas. Se dice esto por lo siguiente: mientras no existían más que animales o bien las propias extremidades del ser humano para desplazarse, nadie podía adelantarse notoriamente del otro. Cuando llega el vehículo, el tiempo ya no es característico de las distancias, y el que tenía posibilidad de adelantarse en el tiempo era capaz de imponerse sobre los demás.

El tiempo se ha reducido a la instantaneidad. El ser humano busca lo instantáneo, es decir, una satisfacción inmediata, de manera pronta, sin tener que esperar. Pero la recompensa inmediata trae aparejada la desaparición, también inmediata, del interés (Bauman, 2003, p. 127). El consumismo es precisamente lo que provoca en el sujeto. Desde niños, los seres humanos no quieren esperar a satisfacerse, pero tan pronto como lo han hecho, su interés se ha esfumado con la misma rapidez. Ante esta cruda realidad, el sujeto ha optado por la supuesta felicidad que acarrea el momento, lo instantáneo. Lo instantáneo significa, ya

se ha dicho, satisfacción para el ser humano de manera inmediata, algo por sí mismo deseable para el ser humano. El caso es que, a la vez que el sujeto se satisface, también desaparece su interés. No hay un principio y un final desde su deseo hasta su satisfacción, pues todo ocurre de forma instantánea (Bauman, 2003, p. 127). En un comentario con finas diferencias con el pensamiento de Bauman, el filósofo Lipovetsky (1986) ha mencionado que “los efectos conjugados del modernismo y el consumo de masas, centrada en la realización personal, la espontaneidad y el placer: el hedonismo se convierte en el principio axial de la cultura moderna” (p. 84).

Bauman identifica una relación entre la instantaneidad y la dominación. Quienes se mueven y actúan para alcanzar el objeto de su deseo son quienes, hoy en día, se convierten en los dominantes del escenario social (Bauman, 2003, p.129).

Si bien la idea del futuro siempre ha sido tema de preocupación del ser humano, este dio un vuelco al sumársele la idea de la confianza en uno mismo. El futuro era capaz de ser producido como consecuencia de una planeación detalla por parte del ser humano. La idea de tener bajo control todo aspecto al que nos enfrenta el futuro venidero era deseable y era producto de la confianza del sujeto en sí mismo.

Pero un futuro confiable es deseable si este es mejor que el presente, lo cual implica la idea, a su vez, del progreso. Bauman (2003) distingue dos creencias que van ligadas a la idea del progreso:

1. Que el tiempo está de nuestra parte.
2. Somos nosotros quienes hacemos que las cosas sucedan.

Pero en nuestra actual sociedad líquida, el tema central no es tanto el saber qué hacer, sino quién lo hará posible. La idea de confianza en un futuro mejor, basada en la confianza propia poco a poco ha ido fisurándose, desmoronándose día a día. “Sus elementos más sólidos e incuestionables van perdiendo velozmente su densidad a la vez que su soberanía, credibilidad y confiabilidad

(Bauman, 2003, p. 142). Si bien el ser humano, con la llegada de los descubrimientos científicos y territoriales, se consideró capaz, a la vez, de controlarlos y utilizarlos para construir un mejor futuro, al pasar el tiempo, se percató de la imposibilidad de su control.

Lo cierto es que los proyectos y la planificación que se ha ideado para el futuro ha producido felicidad, a la vez que insatisfacción. Se han ideado modos de producción contrarios, como el capitalismo y el socialismo, pero ambos han demostrado sus ventajas como desventajas (Bauman, 2003, p. 143).

Por tanto, se ha perdido la esperanza de un progreso transitorio que a la postre permitiría que el ser humano alcanzara un estado de orden y felicidad. Hoy, la idea del progreso es una idea constante, interminable para el ser humano, mientras esté vivo. El ser humano se dio cuenta de que el progreso que nos llevaría a un estado de perfección, en el que ya no habría nada que cambiar, solo era una idea utópica, una falsa ilusión.

Ahora el progreso se ha privatizado. ¿Cómo es que el progreso se ha privatizado? Lo que ocurre es que, con el Estado moderno, este asumió la tarea de generar progreso para el ser humano. El Estado social y del bienestar usaron políticas públicas para alcanzar una plena satisfacción en diversas facetas del ser humano, lo que demuestra una clara misión e intervención del Estado para lograr un progreso social. Sin embargo, con la sociedad líquida, el progreso se mide de forma individual. El progreso es responsabilidad del sujeto emancipado. El individuo debe ahora utilizar su ingenio y recursos con los que cuente para mejorar su condición de vida. El Estado ha dejado de ser el responsable, para dar paso al ser humano en lo individual de la construcción de su vida (Bauman, 2003, p. 144).

Se dice de la construcción de su vida, pero ya no de su futuro. El control al que puede aspirar el individuo ya no pretende alcanzar el futuro, sino su presente. Lamentablemente, hasta el presente puede resultar muchas veces imposible de controlar para la mayoría de los seres humanos. Lo que podía ser controlado a futuro, muchas veces tomaba como instrumento para ello al trabajo. Pero el trabajo se ha vuelto individualizante. El efecto del trabajo ya no busca beneficiar

al prójimo o engrandecer a la nación, sino satisfacer al sujeto en lo individual. No se preocupa por el bienestar de las generaciones futuras, es decir, no se preocupa por el futuro, porque para el sujeto, el futuro es incontrolable, está fuera de su alcance (Bauman, 2003, p. 149).

El concepto de *mano de obra* ha adquirido nuevos matices en la sociedad líquida. Tradicionalmente, la *mano de obra* va relacionado con el esfuerzo físico realizado por el trabajador, a través del cual es posible alcanzar dos cosas; por un lado, la riqueza y, por otro lado, el bienestar social (Bauman, 2003, p. 150). Durante siglos, en la sociedad sólida, el trabajo se separó del obrero, y fue objeto de pago, considerado como una mercancía. Fueron diversas las artimañas que los gobiernos pusieron en marcha, para lograr que los campesinos emigraran y se vieran forzados a convertirse en obreros. De esta forma se desarrolló un binomio inseparable entre capital-trabajo. En las empresas que se construyeron, el capitalista requería del trabajador, pero el trabajador no podía subsistir sin el capitalista. Esta relación forzada produjo serias tensiones, pero, a la vez, logró una serie de acuerdos. La creación de sindicatos y normas laborales y de seguridad fueron producto de las negociaciones entre trabajadores y patrones, dentro de una relación tensa pero duradera, tal como la sociedad sólida lo requería.

Resulta llamativa la función que ejercía el Estado entre las relaciones de este binomio. El Estado protegía el capital con tal de que este siguiera sus actividades, pero a la vez proveía a quienes enfermaban o eran incapaces de continuar trabajando, con tal de no desampararlos a la deriva. El Estado social y el Estado de bienestar reglamentaron una serie de normas laborales y de seguridad social, con tal de mantener la relación, aunque tensa, necesaria entre capital y trabajo (Bauman, 2003, p. 155). Hoy el Estado neoliberal ha facilitado la conformación de una sociedad consumista, puesto que el neoliberalismo económico prevé la intervención del Estado con la finalidad de extender las actividades del mercado, garantizando su funcionamiento y evitando las barreras que se le llegaran a presentar (Cárdenas, 2016, p. 3).

El capital se ha escindido del trabajo duradero. El trabajo ha dejado de ser duradero y seguro y ha pasado a ser incierto, con contratos —cuando los hay—

temporales. Peor aún, el capital se ha desarraigado al momento de surcar los límites nacionales. Ha logrado crecer y ha logrado amenazar a los gobiernos locales con la partida del lugar en caso de no acomodarse y satisfacer sus demandas.

Por último, en este apartado, quiero mencionar brevemente el tema de la comunidad. Con anterioridad la comunidad dotaba de identidad al sujeto. Una identidad que se recibía desde el nacimiento. Sin embargo, hoy en día, la identidad se construye constantemente. Bauman (2007) aborda el tema de las comunidades de guardarropa (p. 152). En estas la entrada y salida de las comunidades se puede dar en cualquier momento. Se participa de ellas solo por gusto, por lucir un símbolo o emblema, pero no ata a sus miembros. Más recientemente, se ha creado una llamada comunidad de internautas que, a través del internet, crean su propia identidad. Una identidad ficticia pero que les permite interactuar en las redes sociales. "La fabulosa ventaja del espacio de vida virtual sobre los espacios de vida *off line* consiste en la posibilidad de lograr reconocimiento para una identidad sin necesidad siquiera de adoptarla realmente" (Bauman, 2007, p. 156).

De esta forma, estos cinco aspectos —emancipación, individualidad, tiempo/espacio, trabajo y comunidad— y la forma en que estos han ido variando permiten advertir una sociedad actual que puede llamarse sociedad líquida, en donde lo estático, estable y seguro ha dado paso a lo dinámico, inestable e incierto.

El consumismo como una manifestación del modernismo líquido

Hemos mencionado que el capitalismo sólido se ha transformado en un capitalismo liviano, y las relaciones entre capital y trabajador se han roto.

Hemos visto, también, que los espacios llamados *templos de consumo*, se han construido para la acción y no para la interacción, por lo que las nuevas relaciones humanas han producido una nueva sociedad de consumidores. En la sociedad de consumidores el sujeto tradicional se convierte ahora en producto

consumible (Bauman, 2007, p. 25). Entre otros, la moda y ahora, las cirugías estéticas sirven para este propósito.

Claro que la sociedad de consumidores va muy bien con esta sociedad líquida de la que hemos venido hablando, pero la sociedad de consumidores resalta el tema del consumismo, pero al igual que la líquida, por ser la misma, aunque desde otra perspectiva, desvaloriza la durabilidad, en donde lo viejo y anticuado es inútil y desechado (Bauman, 2007, p. 36).

Decíamos que, en la sociedad sólida, la seguridad se desprendía de la posesión de grandes extensiones territoriales y grandes empresas con sus correspondientes grandes y sólidas máquinas y herramientas. Pero la sociedad de consumidores no busca hacerse de grandes bienes duraderos.

Claro que el consumismo asocia la felicidad con la gratificación de sus deseos, pero, sobre todo, el consumismo busca aumentar la *intensidad* del deseo, lo cual lleva a los consumidores a reemplazar de manera inmediata el producto comprado por uno nuevo que se concibe mejor (Bauman, 2007, p. 50).

La idea tradicional del progreso, como un estado de orden y felicidad alcanzable en algún momento se ha esfumado. El progreso, hemos dicho, se ha privatizado y es responsabilidad del consumidor que busca adquirir, no para acumular como se hiciera en otra época, sino para eliminar.

En la sociedad consumista, primero, se crea el producto y luego se encuentra la necesidad y utilidad de ese producto y que, en caso contrario, se elimina rápidamente (Bauman, 2007, p. 60). Lo que pasa es que la sociedad de consumidores tiene como su máximo valor a la felicidad. Una felicidad en el ahora, una felicidad supuestamente alcanzable, siempre y cuando se logre comprar el último producto a la moda. El único dolor permitido en una sociedad que aspira a alcanzar la felicidad es la que deriva del castigo al sujeto que rompe las normas, como producto de una conducta antisocial. No obstante, detrás de este valor supremo de esta sociedad se esconde una trampa. El consumidor nunca debe estar satisfecho, pues de lo contrario el consumismo se agotaría. Debe generarse una insatisfacción duradera, con la esperanza de ser satisfe-

cha con una nueva compra, pero que, en realidad, vuelve a dejar insatisfecho al individuo. Por eso es importante que, la sociedad del consumo aumente el deseo, solo así se olvidará de la insatisfacción pasada, y se mantendrá la esperanza de alcanzar la felicidad con una nueva compra.

Puede decirse, entonces, que el consumismo en realidad representa el dominio del mercado sobre la sociedad, en donde el éxito de las personas es medible según la cantidad de bienes y servicios conseguidos “en una espiral inacabable” (Calderón y Castells, 2019, p. 276).

¿Cómo se logra evitar que el sujeto se frustre al no encontrar satisfacción?

El mecanismo explícito para conseguir ese efecto consiste en denigrar y devaluar los artículos de consumo ni bien han sido lanzados con bombos y platillos al universo de los deseos consumistas. Pero existe otro método para lograr lo mismo con mayor eficacia [...]: satisfacer cada necesidad/deseo/apetito de modo tal que solo puedan dar a luz nuevas necesidades/deseos/apetitos. (Bauman, 2007, p. 71)

Otra forma de evitar la frustración del consumidor es mediante el uso excesivo de las promesas acerca de los nuevos productos, prometiéndole constantemente que el nuevo producto ahora sí logrará la satisfacción del consumidor. Pero entonces ¿qué tipo de sujetos conforman a la sociedad de consumo? Solamente puede estar constituida por consumidores irracionales que puedan tomar decisiones poco informadas y por tanto desacertadas para satisfacer sus verdaderas necesidades. Solo estos pueden creer en nuevas promesas constantemente rotas. Requiere, además, de consumidores ensimismados, que no se preocupen por el otro, que no sean generosos con los demás, sino solamente para ellos mismos (Bauman, 2007, p. 72).

Sostuvimos líneas arriba que la emancipación trajo a su vez la responsabilidad para el sujeto. Por tanto, en la sociedad del consumismo, la responsabilidad del sujeto a convertirse en producto vendible es responsabilidad solo de este. Si es excluido de la sociedad, es su responsabilidad; y si avanza conforme a los estándares de esta sociedad también es debido a su responsabilidad. El Estado no concurre ahora en esta responsabilidad, como haría anteriormente un Estado del bienestar. La soberanía del Estado se ha debilitado dejando paso

a los nuevos poderes del capital liviano. Dijimos que el capital se emancipó del trabajo y ahora amenaza, incluso, a los gobiernos locales con dejarlos a su suerte si no satisfacen sus demandas (Bauman, 2007, p. 94).

En la sociedad del consumo las personas ya no interactúan entre sí, más que para formar multitudes desprovistas de un propósito común, salvo el de consumir. Me parece que esto es parte de la razón del desinterés en temas políticos y, por tanto, del debilitamiento de las formas de organización política, incluida la democracia, hasta desencadenar en los actuales populismos, como se señaló anteriormente. Como lo dijera Lipovetsky (1986) "la conciencia narcisista substituye la conciencia política" (p. 55). Esta sociedad reitera el individualismo a grado extremo, pues el consumismo es una acción que lleva a cabo el sujeto desde su más total aislamiento social. La sociedad solo es una suma de partes en donde no hay cooperación, solo proximidad física de unos con otros (Bauman, 2007, p. 108).

Una propuesta desde la filosofía de Arthur Schopenhauer

Lo cierto es que la sociedad del consumo promete felicidad a las personas convertidas en consumidores, sin lograr que estos la alcancen. Es más, no es su propósito. Más bien, su propósito es incrementar el deseo que sienten hacia los productos consumibles. Esto es parte del error si se revisa desde la filosofía de Arthur Schopenhauer, porque es el dolor y no la felicidad lo que es inmediatamente dado y el placer que se obtiene es mediato.

La vida, dice Schopenhauer (2009), es sufrimiento (p. 368). Esto parte del hecho de que la voluntad constantemente ansía, y nada que logre alcanzar puede satisfacerla, más que reprimirla. La diferencia entre sufrimiento y felicidad se da en los siguientes términos. Cuando la voluntad encuentra algún obstáculo para alcanzar un fin, esta sufre. Cuando consigue su fin, se satisface momentáneamente, lo cual le hace percibir un bienestar o felicidad. Previamente hemos dicho que la sociedad del consumo requiere de consumidores irracionales. ¿Por qué tiene que ser este el caso?

En la misma medida en que el conocimiento alcanza la claridad y aumenta la conciencia, crece también el tormento que, por consiguiente, llega a su más

alto grado en el hombre y tanto más cuanto más claramente conoce y más inteligente es: aquel en el que vive el genio es el que más sufre. (Schopenhauer, 2009, p. 367)

En otras palabras, si la sociedad del consumo aparentemente busca brindarle felicidad al consumidor, necesita consumidores que no reflexionen, pues quien es claro y consciente de sus ideas no alcanza la felicidad en los productos y mercancías que le ofrece la sociedad del consumo.

Por otra parte, si la sociedad del consumo busca incrementar el deseo del consumidor, lo que en realidad está aumentando de esa manera, es su propio dolor y no su felicidad, y esta última vendrá dada, aparentemente, de forma mediata.

Entre el querer y el alcanzar discurre toda la vida humana. El deseo es por naturaleza dolor: la consecución genera rápidamente saciedad: el fin era solo aparente: la posesión hace desaparecer el estímulo: el deseo, la necesidad, se hace sentir otra vez bajo una forma nueva: y si no, aparece la monotonía, el vacío, el aburrimiento, contra los cuales la lucha es tan penosa como contra la necesidad. (Schopenhauer, 2009, p. 370)

¿Qué hacer ante esta vida del consumidor encaminada hacia la imposibilidad de satisfacer su deseo creado a la vez por la propia sociedad? Schopenhauer insta a tener un *carácter adquirido*. Consiste en aprender por experiencia lo que queremos y lo que podemos. Esto nos permitirá conocer la naturaleza y medida de nuestras fuerzas y debilidades.

Si hemos investigado dónde se encuentran nuestras fuerzas y debilidades, cultivaremos y emplearemos nuestras disposiciones naturales destacadas, intentaremos aprovecharlas de todas las maneras y nos dirigiremos siempre adonde sean útiles y válidas, pero evitando con autodominio cualquier aspiración para la que tengamos por naturaleza pocas disposiciones, y nos guardaremos de intentar lo que no nos salga bien. (Schopenhauer, 2009, p. 363)

Arthur Schopenhauer nos invita pues, a conocernos a nosotros mismos. Conocer lo que queremos y lo que podemos hacer y alcanzar. No es sano desear todo lo que la sociedad del consumo nos ofrece, pues es falso alcanzar la feli-

cidad total y duradera. Centrarnos en lo que realmente queremos, requiere de sujetos racionales que indaguen en sus necesidades esenciales, requiere de sujetos informados que puedan criticar, dejando de lado el desinterés, promoviendo más bien, un bienestar de grupo y no de simples conglomerados sin más objetivo que el de consumir. Pero, además, dentro del abanico de lo que quiera el sujeto con *carácter adquirido* tiene que buscar aquello que puede alcanzar. Podrá el sujeto seguir queriendo y deseando muchas cosas, incluso no esenciales, pero no solo por desearlas podrá alcanzarlas. Debe fijarse, en cambio, en aquellas cosas que sí pueda alcanzar, para las cuales tenga las aptitudes adecuadas. De otra forma, solo conseguirá frustración y sufrimiento.

Conclusiones

Hemos revisado, desde la teoría sociológica de Zygmunt Bauman, los cambios gestados en las sociedades occidentales en la modernidad. Revisamos las características de lo que Bauman llama sociedad sólida y su respectivo capitalismo, una sociedad que apostaba por la seguridad y la estabilidad. No significa que, como se ha explicado, hoy no se busque esto, pero la perspectiva que se tenía de la seguridad y la estabilidad partían de otros presupuestos. Las grandes extensiones de tierras, las grandes empresas que se construían, y las grandes maquinarias que se desarrollaban, eran lo que a esas sociedades les dotaban de seguridad e inmortalidad en el tiempo. El trabajo, incluso, era desempeñado por el obrero durable, o al menos eso se buscaba. En el plano jurídico, la ley como voluntad del Estado marcaba el rumbo de las sociedades, e incluso el Estado social funcionaba como un intermediario entre el binomio capital-trabajo. Sin embargo, los procesos de emancipación e individualismo poco a poco transformaron a las sociedades en sociedades más flexibles, lo que Bauman llamará sociedades líquidas. El capital se desprendió del trabajo y poco a poco se transformó en un capitalismo liviano. El individuo se emancipó, pero a la vez obtuvo mayor responsabilidad sobre su vida. En la sociedad líquida hablamos de la privatización del progreso. El Estado dejó el futuro del individuo bajo su propia responsabilidad, sobre todo con la llegada del Estado neoliberal, por lo que lo bueno o malo que le ocurriera al sujeto sería de ahora en adelante, responsabilidad exclusiva del individuo. En cuanto a los espa-

cios característicos de la sociedad líquida, abordamos los llamados templos del consumo. Precisamente, esto junto con otras características han conducido al sujeto a lugares en donde lo importante no es la interacción, sino solo la acción del consumo. Lo que ha llevado a la constitución de meros conglomerados, sin más objetivo que el de consumir. Lamentablemente, la sociedad del consumo requiere sujetos que no racionalicen, nulificando el valor de la generosidad entre la especie humana. Por otra parte, el incremento del deseo no permite descanso al consumidor, sino que este sigue y sigue consumiendo en su afán de no quedar al margen de la sociedad, constituyéndose él mismo en producto consumible. Lo cierto es que esta situación provoca que otras áreas importantes para una sociedad sean dejadas en el abandono. La democracia adolece de este desinterés, por lo que las instituciones se corrompen sin límite, en virtud del olvido del consumidor. Por ello, hemos insistido en que, es necesario buscar alternativas, como se dijo desde un principio de este ensayo. Schopenhauer aconsejaba al ser humano tener en claro lo que quería y conocer la posibilidad de poder alcanzarlo. Pero este ejercicio necesita reflexión por parte del ser humano. Se trata de no desear todo lo que nuestros sentidos perciban, sino desear lo que en realidad se necesita para mejorar como sociedad, pensando en el otro. Pero, a la vez, buscando aquello que sí podemos alcanzar, y para lo cual tenemos las aptitudes para lograrlo, pues, de otra forma el ser humano solo fracasará en su intento, encontrando dolor y frustración constante. Hemos, pues, de detenernos en este frenesí consumista, para reflexionar, cosa nada sencilla en una sociedad de consumidores irracionales.

Referencias

- Bauman, Z. (2003). *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2007). *Vida de consumo*. Fondo de Cultura Económica.
- Bellon, L. (2006). ¿Del fordismo a la acumulación flexible? Comparaciones y críticas a las diferentes formas de producción. *Mercados y negocios*, 44-60. <https://www.redalyc.org/pdf/5718/571864035003.pdf>
- Calderón F. y Castells M. (2019). *La nueva América Latina*. Fondo de Cultura Económica.
- Cárdenas, J. (2016). *El modelo jurídico del neoliberalismo*. UNAM.
- Colomer, E. (2016). *El pensamiento alemán de Kant a Heidegger*. Herder.
- Foucault, M. (2009). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI.
- Hallivis, M. (2012). *Teoría general de la interpretación*. Porrúa.
- Kant, I. (2014). *Fundamentación para una metafísica de las costumbres*. Gredos.
- Kurz, H. (2022). *Breve historia del pensamiento económico*. Fondo de Cultura Económica.
- Lipovetsky, G. (1986). *La era del vacío*. Anagrama.
- Méndez, J. (2009). *Fundamentos de economía. Para la sociedad del conocimiento*. Mc Graw Hill.
- Schopenhauer, A. (2009). *El mundo como voluntad y representación I*. Trotta.
- Smith, A. (2022). *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. Fondo de Cultura Económica.
- Touraine, A. (2022). *¿Qué es la democracia?* Fondo de Cultura Económica.
- Urbinati, N. (2020). *Yo, el pueblo*. Grano de Sal.